

El enigma Sor Juana

Marco Aurelio Chávez Moya

Narrador y poeta.

S oñé que visitaba a sor Juana durante veinte días seguidos. Yo me había inscrito en un taller literario que ella había anunciado semanas atrás. *Método práctico que en varios metros y estilos propone la religiosa profesora Soror Juan Inés de la Cruz para redactar sonetos amorosos.* Al final el único inscrito había sido yo. La visitaba en su celda del convento de san Jerónimo. Pero aquello era una inmensa biblioteca, cuyos libreros solo se interrumpían para ceder su sitio a las ventanas. Sor Juana, en el sueño, tenía apenas quince años pero ya era la “maravillosa flor de discreción y hermosura”, que dice don Alfonso Méndez Plancarte, “versada en todas las escuelas y métricas”.

Pues la cosa es que cada mañana me aparecía en su celda y nos poníamos a estudiar sus sonetos con la idea de que me sirvieran de ejemplo para redactar los míos propios. Así que el tiempo se nos iba repasando aquello de *Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba*, o bien *Detente, sombra de mi bien esquivo*, o *Al que ingrato me deja, busco amante*, o aquello de *Yo no puedo tenerte ni dejarte*. En todos los casos yo le preguntaba por qué ese juego de contrarios, esas paradojas recurrentes, ese artificioso ingenio. Y luego le censuraba su pirotecnia, su barroquismo. Ella, joven y sabia señora, también invariablemente me decía “Hombre necio que acusáis a la mujer sin razón”. Y agregaba: “No son juegos de ingenio sino cifras de una vida”.

Ahora bien, cada mañana, al entrar en su celda, yo me daba cuenta de que ella llevaba un medallón distinto. Es decir, en cada ocasión, durante cada uno de aquellos veinte días, el medallón que ella llevaba ofrecía una escena distinta. No supe qué podía significar aquello. No le pregunté nada. El último día, sin haber aprendido nada de sonetos amorosos, le dije que en realidad yo quería conocerla como persona, no como literata. Ella respondió que me había ofrecido a lo largo de nuestros encuentros los elementos, los indicios, los signos, para conocerla; pero que yo, ciego, como era, y duro de corazón y de entendimiento, no había podido ver. Fue mucho después que, reflexionando mucho, logré comprender que las

diferentes escenas que había cada día en su medallón eran esos indicios, es decir, las escenas eran la traslación gráfica e integral de lo que sor Juana era: eran, para emplear otra vez la expresión del padre García, “las cifras de su vida”.

Así, ahora pienso que estos enigmas son como las veinte escenas que hubo en su medallón. Allí, en esos enigmas, puede estar sor Juana de cuerpo entero, allí están sus pensamientos, sus sentimientos. Si bien sor Juana escribió los enigmas para regalo de las monjas portuguesas, los escribió también para el futuro, para que los que la leyeran en otro tiempo pudiéramos conocerla o conocerla mejor.

¿Qué más decir de sor Juana? Han corrido mares de tinta alrededor de su figura, de su arte, de su vida. Hace doce años, cuando me hice cargo de la coordinación editorial de la revista *Castálida*, supe desde luego que la fuente Castalia en el monte Parnaso se relacionaba directamente con Apolo y su oráculo, y que servía para la purificación ritual, aunque también se consideraba que el agua de dicha fuente Castalia favorecía la inspiración de los poetas. De ahí proviene el título de la obra *Inundación Castálida*, libro que le ayudó a editar en Madrid en 1689 su gran amiga María Luisa Gonzaga Manrique de Lara, Condesa de Paredes, marquesa de la Laguna.

Carl Jung, en su ensayo *La vida simbólica*, advirtió: “Es una conclusión arraigada entre los iniciados de que los hombres no conocen nada de la psicología femenina tal y como es, pero es sorprendente descubrir que las mujeres tampoco saben nada de sí mismas”.

Por ello, si bien sor Juana nos ha iluminado desde hace siglos con su inteligencia, con la belleza intemporal de su obra, creo que también es verdad que continúa habiendo a su alrededor zonas oscuras, enigmas, misterios que no hemos logrado develar. Me parece que sor Juana fue la primera en reconocerse un enigma para sí misma; su obra, en ese sentido, sería una herramienta de autoconocimiento.

Aquí están, pues, estos 20 enigmas de sor Juana Inés de la Cruz, descifrados por la pasión, la paciencia y la cultura sorjuanistas del padre Javier García.